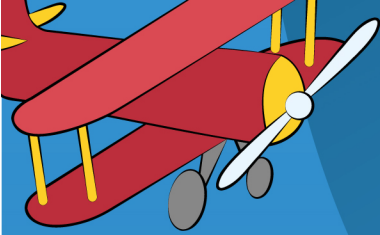


UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



# 3<sup>er</sup> CONCURSO “ELABORACIÓN DE OBRAS LITERARIAS

DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR”

## TERCER LUGAR

TÍTULO DE LA OBRA:

# UN AMOR KÁRMICO

AUTORA:

JULIA SAMANTHA AGUILERA MONZÓN



Colegio del Nivel  
Medio Superior



**unesco**  
Red UNITWIN Cátedra UNESCO en  
Lectura y Escritura para América Latina



CÁTEDRA UNESCO  
para la lectura y la escritura



FOMENTO DE  
**PRÁCTICAS  
LECTORAS**

COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

Programa del Alto Impacto “Fomento de Prácticas Lectoras”  
del Nivel Medio Superior

DIRECTORIO



RECTORÍA GENERAL

**Dra. Claudia Susana Gómez López**  
*Rectora General*

**Dr. Salvador Hernández Castro**  
*Secretario General*

**Dra. Diana del Consuelo Caldera González**  
*Secretaria Académica*

**Dra. Graciela Ma. De La Luz Ruiz Aguilar**  
*Secretaria de Gestión y Desarrollo*

DIRECCIÓN DEL COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

**Dr. Juan Antonio Sánchez Márquez**  
*Director del Colegio del Nivel Medio Superior*

**Dr. Víctor Hugo González Torres**  
*Secretario Académico del Colegio del Nivel Medio Superior*

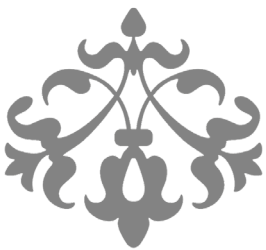
RED UNITWIN, CÁTEDRA UNESCO EN LECTURA  
Y ESCRITURA PARA AMÉRICA LATINA

**Dr. Aureliano Ortega Esquivel**  
*Coordinador de la Sede Principal de la Red Unitwin Cátedra Unesco, para la Lectura  
y la Escritura en América Latina, Sede Principal en México-Universidad de Guanajuato.*

COMITÉ FOMENTO DE PRÁCTICAS LECTORAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

**Mtro. Eduardo Guadalupe Saucedo Ortiz**  
*Enlace de Fomento de Prácticas Lectoras del Nivel Medio superior/Enlace Operativo del CNMS  
Para La Red Unitwin/ Cátedra Unesco, para la Lectura y la Escritura en América Latina.*

REVISIÓN Y EDICIÓN  
**Mtra. Flor Esther Aguilera Navarrete**  
*Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales  
y Humanidades del Campus Guanajuato. Universidad de Guanajuato  
Investigadora y responsable del Proyecto Producción y Estudios Editoriales/  
Prácticas Didácticas de Lectura y Escritura.*



# UN AMOR KÁRMICO

*Julia Samantha Aguilera Monzón*



26 DE AGOSTO DE 2026, DISTRITO FEDERAL, MÉXICO

Nunca creí que la persona que más amaría en este mundo sería un alma con quien hice un pacto kármico. Alguien que únicamente vendría a darme una lección, a repetir la historia una y otra vez en varias vidas, para que entendamos, para que por fin comprendamos que nuestro destino no era estar juntos, ni mucho menos traicionarnos de la manera en la que lo hemos estado haciendo. Aunque, ¿cómo íbamos a saber que en nuestras vidas pasadas nos hemos encontrado y hemos interactuado, al punto de enamorarnos, pero que al final termine de una forma tan atroz siempre?

¡Ay, Santiago, cómo te amé en esta vida y en las otras tres en las que nos encontramos! Pero, ¿por qué tú me pagas con una traición tan terrible?, tal vez mi lección era entender que no debía aferrarme a ti y tu lección era entender que me hundías, que me hacías daño, tu lección era que no te acercaras a mí.

26 DE JULIO DE 1519, TENOCHTITLAN

La primera vida en la que nos encontramos fue dos años antes de la conquista de mi pueblo, en 1519, exactamente un 26 de julio de ese año. Yo era una mexicana, era muy bella, con mi piel canela, según tú decías, mis ojos color café oscuro eran tan grandes que te gustaba mirarlos más que al oro. Me llamaba Eréndira, te la pasabas repitiéndome que mi nombre me quedaba a la perfección, porque me decías que mi sonrisa era la más brillante y deslumbrante que habías tenido el placer de contemplar. Tú eras un español, eras muy guapo, me sorprendía tu belleza y tu carisma tan radiante. Tu nombre era Carlos, según mi memoria.

Nos conocimos cuando tú y los tuyos llegaron a Tenochtitlan, muy calmados y además con una amabilidad enorme. Nosotros nos asustamos al verlos, pero el tlatoani, Moctezuma, dijo que no atacáramos, debido a que Hernán Cortés tenía un cierto parecido a como Quetzalcóatl nos indicó que regresaría, con barba, con un animal jamás visto en esas tierras, y llegaría desde el mar. Pero yo no lo noté a él, en el primer momento en que volteé, te vi tan deslumbrante que no pude dejar de verte y tú tampoco dejaste de verme.

Yo no sabía español y tú no sabías náhuatl, pero Malitzin nos ayudó a comunicarnos, hasta que yo comencé a aprender tu idioma, porque me emocionó la idea de irnos a España, en donde me presentarías a tus padres y me harías tu esposa, pues tú me lo habías dicho con tal entusiasmo, que me lo creí. A mí no me importaba dejar a mi familia, sólo me importabas tú.

Sin embargo, una noche escuché lo que tus compañeros te decían, lo cual, francamente, no me lastimó, pero se me rompió el corazón al oír lo que tú respondiste, puesto que jamás creí escucharlo de tu boca.

Ellos te preguntaban por qué estabas conmigo, que tú merecías a alguien mejor que yo, que mi pueblo, mi familia, eran tan salvajes y nada civilizados, yo te daría vergüenza delante de los reyes, de los sacerdotes y de tu familia. Respondiste, de la forma más horrible y más estúpida, que al escucharte me dieron ganas de matarte. Dijiste que jamás estarías con alguien inferior a ti, que únicamente era una aventura, porque al final, la ciudad sería destruida y dentro de ella estaría yo, en donde yo moriría junto con toda mi gente. Todos se rieron y, en ese momento, solamente pude llorar e irme corriendo hacia mi casa.

Todo lo que prometiste, todo lo que dijiste, todo fue falso para ti, pero para mí se sintió tan, pero tan real, cada momento, cada palabra, cada abrazo, cada beso, cada caricia. Me guardé el coraje y la tristeza, decidí no decirte ni reclamarte nada, prefería que te quedaras

conmigo, lastimándome y humillándome, antes de que estuvieras con alguien más. Ya sé, qué falta de amor propio tenía.

Mi familia te llegó a conocer, te aceptaron, tardaron tiempo en hacerlo, pero al final los hiciste pensar que eras alguien diferente a todos los españoles que venían contigo, los hiciste creer que eras una buena persona. ¡Qué tontos fuimos!

13 DE AGOSTO DE 1521, TENOCHTITLAN

Ese día vi cómo tú destruías mi vida entera, destruías a mi familia, los asesinabas a sangre fría, como si no los hubieras conocido y no hubieras cenado en su casa, como si ellos jamás te hubieran recibido de la forma más amorosa y cálida. Al terminar esa masacre (la cual tuve que ver, siendo obligada por tus compañeros), te acercaste a mí, mientras ellos se iban a terminar de destruir lo que quedaba de Tenochtitlan. Me dijiste que no me matarías, pero a cambio de que fuera la madre de tus hijos y que me casara contigo, porque de verdad me amabas, de verdad querías estar conmigo, pero te daba miedo que ninguno de tus compañeros te volviera a hablar y eso hiciera que te quedaras solo, sin “amigos”, yo sólo me quedé petrificada, no supe qué decir o cómo reaccionar, no podía creer que tú dijeras que preferías quedar bien con personas que sólo te humillaban, antes que conmigo, preferías estar bien con ellos, aunque eso significara estar sin mí.

Un estruendo sonó afuera, te distrajiste al escucharlo y ese momento lo aproveché para tomar tu arcabuz, era pesado y grande, no sabía cómo manejarlo. Al sentir que tu arma había sido removida de su sitio, te volteaste y te quedaste quieto cuando viste que la sostenía, mientras yo mostraba una cara llena de furia y tristeza.

Tenía miedo, tú también, no hicimos ningún movimiento durante unos segundos, únicamente nos quedamos viendo fijamente, tus ojos reflejaban arrepentimiento y tristeza, comenzaste a hablar, no recuerdo bien lo que dijiste, sólo veía cómo tus ojos soltaban lágrimas, a mí eso no me importó y disparé, te vi caer al suelo, lloré, claro que lo hice, no sentía remordimiento, sólo satisfacción de ver cómo fallecías en mis brazos, y prometí que si en esta vida no estaríamos juntos, en la próxima lo haríamos, lo juré, con mi alma y mi corazón, lo juré hacia mis deidades.

Manuel, tu compañero más querido, llegó a la escena, se quedó quieto al ver lo que estaba pasando y lo último que vi fue su arma apuntando hacia mi cabeza, cerré los ojos y ya no recuerdo nada más después de ahí.

26 DE AGOSTO DE 2026, DISTRITO FEDERAL, MÉXICO

Aún paso las horas intentando recordar la segunda vida. Me la paso llorando después de recordar lo que pasó en la primera. ¿Cómo es posible que me hicieras eso, que nos hicieras eso? ¿Qué te había hecho yo para merecer eso?

Jamás creí que yo podría asesinarte, primero me moriría antes de verte muerto. Era muy difícil asimilar lo que acababa de recordar y que yo misma nos condené a repetir la historia una vez más, para ver si ahora sí aceptábamos que no es nuestro destino terminar juntos. Para aprender a soltarnos.

Ya comenzaba a recordar, aunque estaba un poco borroso todo, sólo veía sangre y fuego por doquier. Me daba miedo ver esta vida, se veía demasiado macabro, además me daba miedo pensar cómo me traicionarías o si yo te volvería a matar.

26 DE JULIO DE 1692, SALEM, ESTADOS UNIDOS

Fue la vida en donde se sintió más tu traición (así es, incluso más que la anterior), te había confiado mi vida, tú podías abrir la boca y matarme con eso.

Nos conocimos desde niños, fuimos mejores amigos durante mucho tiempo, hasta mis 16 años de edad, en donde yo me comencé a enamorar de ti, eras muy guapo y muy inteligente, te veía como la persona más interesante que conocía, y por supuesto que nunca pensé que tú quisieras algo más conmigo. Siempre estábamos juntos, no había ni un demonio que nos separara, según el pastor Miller. Mi nombre era Bridget Good y el tuyo era Henry Bishop.

En este tiempo, el temor por las brujas se hizo más grande y el peligro de yo ser asesinada era mayor. Era una niña extraña, siempre hacía cosas sin pensar y recibía castigos por ello, casi nunca hice caso a las reglas que la Iglesia imponía, tal vez por eso mi círculo social era de una sola persona, tú.

Además de no atender a las reglas, solía ponerme extraña en noches de Luna llena o de algún eclipse, no sé cómo explicarlo, pero a grandes rasgos me sentía diferente físicamente, o muy emocionada, o muy alterada o muy bajoneada, así como más conectada a la naturaleza, a los animales, principalmente a los gatos negros, tenía sueños lúcidos, pensaba en una persona y me la encontraba por la calle, todo eso comenzó a levantar sospechas, pero nunca dijeron que fuera brujería, además, siempre que yo decía algo se cumplía,

aunque fuera mucho tiempo después. Debí quedarme callada en todo ese tiempo y jamás decirte nada.

Tú me decías que era una persona especial y que todo lo que los demás decían era mentira, ya que todos me decían que era una adolescente rara y que daba miedo. Jamás debí creer esas palabras. Tú no eras tan especial, no para los demás, les parecías alguien insignificante, pero para mí eras increíble, tenías tantas cosas que admirar, que simplemente quería ser como tú. Te amaba demasiado, estabas para mí siempre y por eso te decía las cosas más secretas que tenía.

Un día, decidí confesarme y decirte mis sentimientos, tú sonreíste, me dijiste que sentías lo mismo, que querías estar siempre conmigo. Te creí, como siempre lo hice. Pasamos meses inolvidables juntos, siempre me hacías sonreír, me hacías sentir como si nadie más importara en este mundo, o en esta vida. Aunque estuviéramos rodeados de personas, me hacías sentir que sólo éramos tú y yo. Dependía emocionalmente de ti (otra vez), podías arruinarme emocionalmente, pero aún seguiría contigo. Prefería morir, a vivir sin ti.

31 DE OCTUBRE DE 1692

Corría a toda prisa hacia el bosque, escapaba del pueblo, me perseguían con antorchas prendidas, yo estaba toda ensangrentada, con golpes y rasguños, no entendía por qué me estaban siguiendo, no sabía qué había hecho mal o quién me había acusado, pero tenía miedo y mucho te necesitaba, Henry, pero no te veía por ningún lado, no te habías aparecido en todo ese tiempo, aun cuando vivías a unas cuantas casas de la mía y podías escuchar perfectamente lo que sucedía.

Me tropecé con una rama en el bosque, no sentía mi mano, creo que me la había roto, pero tenía que seguir, sin embargo, me atraparon antes de poderme levantar, forcejeé para que me soltaran, pero eran muy fuertes, me golpearon en la cabeza y quedé inconsciente. No sin antes ver tu cara frente a la turba enardecida.

Desperté amarrada a un tronco de árbol, alrededor había más ramas, olía extraño y sólo veía a mucha gente observarme, ahí estabas tú, en primera fila, con cara de miedo y tristeza. Comenzaron a hablar sobre mis crímenes, pero esas cosas únicamente te las había contado a ti, te vi con cara de decepción. ¿Cómo había sido posible que me traicionaras de esa manera? ¿Que entregaras mi vida! ¿Cómo había sido posible que sabiendo lo que podía pasarme aun así decidiste hablar lo que te conté en confidencial? Aun con todo, yo seguía buscando justificarte.

Dijeron que yo te había embrujado para que te enamoras de mí y estuvieras únicamente conmigo. Me acusaron de muchas cosas, yo simplemente acepté que estaba muerta, pero lo que aún no quería aceptar era que tú, la persona que más amaba en la vida, en quien más confiaba, me rompió el corazón en un millón de pedazos y, además de eso, veía cómo me mataban sin hacer ni reclamar nada.

Prendieron las ramas y comencé a arder, poco a poco comencé a sentir cómo mi cuerpo se calentaba, dolía mucho, yo gritaba que por favor dejaran de hacer eso, gritaba tu nombre, muchas veces lo hice, grité que te volvería a ver en otra vida, que esto no se podía terminar así, pero al parecer tú ignoraste mis palabras, ignoraste mi llanto y sólo te quedaste quieto, observando con un gesto de tristeza, pero no de arrepentimiento. Me empecé a desmayar, ya no sentía ningún tipo de dolor, mis ojos se cerraban poco a poco, mis pulmones dejaban de funcionar, mi cabeza dejó de pensar y finalmente los cerré, no sin antes verte por última vez.

26 DE AGOSTO DE 2026, DISTRITO FEDERAL, MÉXICO

Mis ojos se abrieron de golpe, estaba asustada, no sabía cómo reaccionar ante ese recuerdo, eran muchas cosas por las cuales pensar, todo estaba confuso, me sentía cansada y mareada, pero tenía que seguir, necesitaba ver la última vida, con la esperanza de que por fin podría dejarte ir y que nuestras almas estuvieran en paz.

26 DE JULIO DE 1943, MÚNICH, ALEMANIA

Esta vida sucedió en la Segunda Guerra Mundial, mi nombre era María Monzón, era una latinoamericana, proveniente de México, que casualmente llegó a la Alemania nazi, meses antes de que estallara la guerra. Tú eras un soldado de la SS, te llamabas Alfred Andersch y fuiste un soldado verdaderamente sobresaliente, me sorprendía lo dedicado que eras. Nos conocimos de una forma muy extraña, pero fue una de las maneras más lindas en las que pudo suceder y quisiera repetirla más de una vez. Ese día, junto a toda mi familia, íbamos paseando tranquilamente por las calles de Múnich, una ciudad muy linda y grande de Alemania, hacías tu rutina diaria de ver las calles, hasta que de pronto se escucharon disparos, mucha gente se asustó, incluida yo. Me había escondido en un local de comida con mi fami-

lia, ya íbamos a escapar de ahí, pero te vi a lo lejos, herido, sentí remordimiento al dejarte morir ahí solo, así que me arriesgué y corrí hacia donde estabas.

Llegamos a mi casa, mi familia me ayudó a llevarte y a curar tus heridas. Comenzamos a platicar y pude percibirte, a mi ver, como alguien muy dulce. La verdad, no entendía por qué estabas enlistado en las filas nazis, pero desde ahí me gustaste, en ese momento no supe explicar por qué, pero en ese par de horas te sentí tan alegre y libre, tan similar a mí, tan mío.

Empezamos a salir y un 26 de julio de 1944 oficialmente nos volvimos pareja, yo era la mujer más feliz que podía existir en el mundo y tú decías ser el hombre más feliz también, yo ciegamente te creí (otra vez), porque se veía en el brillo de tus ojos, esos ojos tan bonitos y que nuevamente me hacían sentir que sólo existía yo para ti, aun estando rodeados de gente. ¡Dios, cómo los amaba! ¡Cómo te amaba! Y tú decías amarme también, incluso más que yo.

8 DE ABRIL DE 1944

Me traicionaste Alfred, nuevamente lo hiciste, yo había confiado en ti, al igual que mi familia. Te entregué mi corazón, todo te di y me pagaste mandándome a un estúpido ghetto, junto con toda mi gente, por no ser de raza aria, como tú.

Al subir al tren, lo único que sentía eran ganas de aventarme, pero dejaría sola a mi familia, a mis papás, a mis hermanos. Maldito, eso eras, un maldito malagradecido y mentiroso cerdo, yo jamás hice nada para que me mandaras a ese lugar tan atroz, salvo confiar en ti, mi familia lo único que hizo fue abrirte sus puertas para no dejarte morir, pero ahora los estabas dejando morir a ellos. Tal vez yo lo merecía, pero ellos jamás lo merecieron, Alfred, JAMÁS.

Llegamos a ese lugar tan tenebroso y te vi, con tu cara tan tontamente linda, observándome, con unos ojos de culpa, unos ojos que ya conocía de otras vidas, como si tú no hubieras querido hacer esa traición. Te quisiste acercar, pero tus compañeros te detuvieron, agradecí que no me hablaras y que no te acercaras, porque si lo hacías iba a llorar o iba a hacer algo peor.

Esa noche, escuché tu voz fuera de lo que sea en lo que estuviera dormida, salí, porque a pesar de todo te extrañaba, y mucho, eras mi mundo entero, te necesitaba. Nuevamente era presa de la dependencia emocional hacia ti.

Tenías tu cabellito despeinado, como siempre, te veías tan hermoso, tan perfecto, corrí hacia ti y te abracé, con toda la fuerza que me quedaba, después de días sin comer y dormir bien, pero mi amor estaba intacto.



Comenzaste a pedirme disculpa por lo que habías hecho, dijiste que de verdad tú no lo querías hacer, que me amabas y que amabas a mi familia, que estabas sumamente agradecido con nosotros por haberte salvado la vida. Me dijiste que nos escapáramos, lejos de Alemania, lejos de todo este lío y que fuéramos sólo tú y yo, que ya nadie más importaba. Te pregunté por mi familia y dijiste que ellos ya no se podían salvar, sólo nosotros podíamos hacerlo.

Sonó muy egoísta lo que dijiste, me molesté mucho, así que te solté y comencé a caminar de regreso al lugar en dónde nos tenían secuestrados, pero jalaste mi brazo y comenzamos a forcejear. ¿Por qué no me querías soltar? Saqué una navaja de mi pierna y te la encajé en el ojo, no sabía qué hacer, lo hice por impulso. Caíste poco a poco, ya no respondías. Otra vez no. Mi cabeza lo único que pensaba era que nuevamente no era en esta vida, pero en la próxima, ahora sí estaríamos juntos, que por fin lo estaríamos. Por fin dejaríamos de autodestruirnos.

Llegaron los soldados que vigilaban cerca, al ver lo que estaba pasando, me agarraron del brazo mientras yo gritaba que me dejaran estar a tu lado, sintiendo cómo tu alma salía de tu cuerpo. Me pusieron frente a la pared y dispararon.

26 DE JULIO DE 2008, DISTRITO FEDERAL, MÉXICO

En esta última vida nos conocimos un 26 de julio de 2008, los dos ingresamos a la misma preparatoria, pero los primeros tres meses iniciada la escuela no nos dirigimos la palabra, yo ni siquiera te conocía y seguramente tú a mí tampoco. Estábamos sin buscarnos, pero sabiendo que estábamos para encontrarnos, como leí en un libro de Julio Cortázar.

Tu nombre es Santiago y el mío Sarah, me gustaba que nuestras iniciales fueran las mismas. Era jefa de grupo y casi siempre tenía que salir del salón con la prefecta. Un día tuve que pasar a tu salón para que el jefe de grupo, que sorprendentemente eras tú, fuera a dirección conmigo. Comenzamos a platicar por qué nos mandaron llamar y te dije que yo tampoco sabía, sólo llegó la prefecta diciendo que nos habían hablado a los dos. Me viste con cara de miedo y yo te pregunté que por qué esa cara, me dijiste que qué tal si era algo malo o si nos iban a correr, me morí de risa por las tonterías que decías y por ver tu carita asustada, aunque no eras tan atractivo, tenías carisma, fue lo que me llamó la atención de ti.

Días después de eso, tú seguías hablándome, me caíste bien, sentía una conexión extraña contigo, así que yo te seguía la conversación. También hablábamos por mensaje, todo el día nos las pasábamos escribiéndonos, decíamos cualquier cosa, yo me sentía libre de contarte mi vida, de

contarte mis problemas, mis alegrías, tristezas y enojos, siempre estabas para mí, me escuchabas y cuando podías me consolabas. Sentía tanta confianza, nuevamente tanta confianza...

Era raro que tú me dijeras tus problemas, sólo me contabas lo que hacías en el día y lo que comprabas, amabas comprar tenis, todos los días me decías o me enseñabas que habías comprado un par más, me daba ternura ver lo emocionado que estabas. También me decías que estaba muy bonita y te la pasabas abrazándome cada que nos veíamos en la escuela, nunca me soltabas y yo era feliz por eso. Me sentía tan segura a tu lado, entre tus brazos.

8 DE DICIEMBRE DE 2008

Ya comenzaban las vacaciones, te iba a extrañar mucho, porque ya no nos íbamos a ver seguido, pero aun así seguíamos hablando y seguías ilusionándome cada vez más. Un día, mi amigo me mandó una foto en donde estabas con otra niña en una fiesta, no supe qué hacer o cómo reaccionar, mis lágrimas resbalaron por mis mejillas, se me apachurró el corazón y poco a poco dejé de respirar, temblaba, se me cayó el celular y me tiré al suelo, en ese momento me llegó un mensaje tuyo preguntándome que cómo estaba, que no habías podido contestar porque estabas ocupado. Me encontraba muy molesta, pero decidí fingir que no había visto nada y responderte, te respondí de una buena manera, como si esa imagen jamás hubiera llegado a mi celular. Nuevamente me sentía codependiente a ti.

Habían pasado dos semanas después de haber visto esa imagen, lamentablemente me llegaron otras dos más, dejaste de contestarme rápido, dejaste de ser cariñoso conmigo, dejaste de ser mi mejor amigo.

Así que tomé el impulso de reclamarte y mandarte las imágenes, no lo pensé dos veces al hacerlo, me dejé llevar por mi coraje y mi tristeza, te reclamé, te dije que yo confiaba en ti y me rompiste el corazón, me traicionaste (otra vez), tú sólo te limitaste a pedir perdón. Maldito, después de todo lo que pasó, tu perdón no iba a arreglar nada y no me iba a hacer volver, eras un desgraciado.

23 DE ENERO DE 2017

Regresé al trabajo, no te quería ver porque sabía que no te había superado, aunque hubieran pasado unos meses de contacto cero, en lo que yo vivía en el extranjero, después de otra desilusión a tu lado, sabiendo que me habías engañado.

Al vernos, me saludaste como si no hubiera pasado nada entre nosotros, como si siempre hubiéramos sido sólo amigos, yo hice lo mismo, pues ya no había nada qué hacer, mis amigos me preguntaron que por qué te había saludado, ignoré lo que me dijeron, sólo me fui feliz hacia mi oficina, sabiendo que tú aún no me olvidabas.

Los demás días seguiste hablándome, como amigos, claro, pero yo estaba feliz de volver a tener conversación contigo. Sin embargo, te volviste más agresivo, me golpeabas, aunque fuera de broma, dolía mucho, tus amigos te decían que te calmaras, que no estaba bien, pero a ti no te importaba.

Pero por mensaje eras otra persona, me tratabas muy lindo y nunca me insultabas, me gustaba esa versión de ti, en la que demostrabas lo que de verdad sentías por mí, pero una parte de mi cabeza decía que no estaba bien lo que tú hacías, yo tenía que valorarme más, aunque mi corazón codependiente me decía que lo permitiera, con tal de que estuvieras conmigo, porque si yo me alejaba de ti nadie más me iba a querer, no tenía el autoestima para entender que yo merecía algo muchísimo mejor que tú. Nuevamente prefería estar así contigo, a lejos de ti.

En febrero, esperaba un regalo del día de San Valentín de tu parte, creí que si yo te daba algo tú me darías algo, pero creo que no te importó eso, no te importó que me hiciste sentir mal cuando no me diste un abrazo al darte tu regalo, únicamente te limitaste a decir gracias, así, de una manera tan estúpidamente seca.

Entendí que por eso siempre te enfermabas del estómago, porque siempre te guardabas tus sentimientos y me daba coraje lidiar contigo de esa forma. Ese 14 de febrero me enojé contigo, no por toooooo lo que ya me habías hecho, no, sino porque resulta que, nuevamente, también hablabas con otra persona.

Me reclamaste por estar diciendo que tú y yo teníamos una historia de años, me dijiste que jamás lo dijera, que jamás significué nada, me rompiste el corazón, pero mi coraje ganó a mi tristeza, así que reaccioné una cachetada.

Obviamente te molestaste por lo que acababa de hacer y comenzaste a jalnearme, te dije que por favor me soltaras y me dejaras ir, pero no lo hacías, claramente, tenías más

fuerza que yo. Me estabas lastimando cada vez más, hasta que llegó una amiga y te alejó de mí, me preguntó si me encontraba bien, respondí que sí y me fui corriendo hacia la parada de mi camión. No podía parar de llorar. ¿Por qué me tratabas así, Santiago? ¿Por qué negar lo que nos hizo tan felices? Sabías cuánto te quería y cuánto dependía de ti, sabías lo que tú significabas para mí.

Al día siguiente, me hablaste como si nada, pero te ignoré siguiendo mi camino, entendí que eras un sinvergüenza, después de lo que me hiciste el día anterior, querías llegar como si nunca hubieras actuado de esa manera. A la salida, cuando me viste, intentaste acercarte con la otra chica, pero ella te ignoró, claro que lo hizo después de enterarse de que tú y yo teníamos algo mientras a ella se lo negabas, por lo que tú caminaste hacia mí, al ver esto corrí hacia el lado contrario, y aun así me alcanzaste, me pediste que por favor arregláramos las cosas, que no querías estar lejos de mí, que te habías dado cuenta de que yo te importaba demasiado.

¿Y qué pasó? Volví a caer. No puede ser.

En fin, pasaron meses en dónde todo fue soñado otra vez, no teníamos problemas, me demostrabas que me querías, pero todo esto, única y exclusivamente lo hacías por mensaje. Frente a tus amigos eras el mismo seco y frío que ya conocía con anterioridad, me desconocías completamente. Años del mismo círculo.

Un día, me invitaste a una cita, claro que acepté, hace mucho que no salíamos en público y la pasamos fabuloso, teníamos siglos que no reíamos tanto juntos. Fuimos a tu casa y me entregué... Me entregué completamente en cuerpo y alma a ti, sí, después de años de esperar a casarnos, me rendí. Mi cuerpo era una de mis inseguridades más grandes y me hiciste sentir tan amada, que lo olvidé totalmente.

Me llevaste a mi casa y vi tus ojos despidiéndose de mí, nuevamente, me sentía en el cielo. Me sentí más segura que nunca de que estaríamos juntos por siempre.

26 DE AGOSTO DE 2026

Hace un año que no hablábamos. Después de lo que pasó en tu casa, volviste a las andadas por todos estos años. Te comportabas frente a todos como un patán y en privado como un príncipe, claro, siempre y cuando yo hiciera lo que tú dijeras, así que llegué a un punto en el que no soporté tu forma de ser tan confusa. Años de un círculo vicioso, de dejarnos y volver.



Me rompías, me hundías, y un día, al reclamarte tu actuar, me empujaste hacia la pared y tomaste mi mandíbula con tus manos, apretando fuerte y me dejaste inmóvil mientras me decías que era todo lo que yo merecía y que agradeciera recibir, aunque fuera migajas tuyas, porque nadie más me las iba a dar, porque no valía nada y menos ahora, que ya había tenido lo único bueno que tenía, mi virginidad. Al soltarme me dio una bofetada y me dijo que debía aprender a callarme, para que no tuviera que golpearme, porque claro, todo era mi culpa.

Ése fue mi fondo, toda mi infancia y adolescencia me prometí que nunca sería como mi mamá, que vivió años de abuso físico y emocional por parte de mi papá, al igual que mi abuela y, al parecer, también mi bisabuela, así que en ese momento decidí cortar el ciclo e ir a terapia. Años de pertenecer a un linaje de maltrato, tenían que terminar. Años de esperar tu cambio y que nunca llegara.

En estas sesiones es en donde he trabajado sobre nosotros en nuestras vidas pasadas, sobre nuestras vidas juntos y nuestra forma de destruirnos en cada una de ellas, y por fin entendí que no es contigo y quiero soltarte.

Es por ello que decidí hoy contactarte para despedirme, aceptaste de inmediato. Te pedí vernos en el mismo lugar en donde fue nuestra primera cita, llegué primero y cuando te vi llegando, con esa sonrisa y esos ojos que durante tantas vidas me dieron alegría, titubeé mi decisión. Pero no, ya no, ya no era justo, merecíamos ser felices y juntos jamás lo lograríamos. No había otra vida.

Te comencé a decir mi sentir durante tantos años, recordaba todo tan vívido, no paré de hablar, no paré de llorar tampoco, sólo dejé fluir mi sentir y mis palabras hasta que quedé vacía. ¿Y sabes qué pasó? Nada. No te pronunciaste al respecto.

Jamás esperé esa reacción, pero con eso comprobé, si me faltaba algo, de que no eras tú. Tus ojos estaban vacíos, ninguna sombra de empatía se asomaba por ellos y eso fue suficiente para decidir terminar con la plática y alejarme, lo último que te quise decir fue mi profundo agradecimiento y desearte lo mejor, intenté levantarme y tomaste mi mano, no de una forma tierna y amorosa, sino con fuerza y molestia, intentaste jalarme y hacer que volviera a sentarme, pero te sacudí y salí de ahí.

Mientras caminaba, mi teléfono no dejaba de sonar, eras tú, con llamadas y mensajes en los que decías lo mucho que me amabas y lo mucho que deseabas estar conmigo, pero lo que en otras vidas y otros años significaban mi seguro retorno, hoy fueron una demostración de tu manipulación por tantos años.

La terapia había surtido efecto, me había enseñado a valorarme y a darme cuenta del ser humano tan valioso que soy, me enseñó que mi estabilidad emocional es primero y que ni tú ni nadie más merece tener tanto poder sobre mí.

Seguías llamando, pero ahora ya no con el supuesto amor, sino molesto y amenazante, burlándote, diciendo lo que tantas veces había escuchado, que tú eras el único que me iba a amar. ¿Amarme? En ninguna vida lo hiciste.

Yo ya no necesitaba tus migajas de amor, ya no me creía tus palabras al viento.

UN DÍA, EN ALGÚN LUGAR

Ese 26 de agosto llegué a casa y me desmoroné, me dolió, claro que lo hizo, lloré por noches enteras e interminables, porque no nada más lloraba por 17 años de esperar a estar por fin juntos sanamente, lloraba por todas las vidas en las que padecí tu supuesto amor, todas esas promesas que jamás cumpliste.

¿Cuántas llamadas y mensajes seguiste enviando? Perdí la cuenta.

Me di el valor que merecía y me tatué en la mente, alma y corazón, que no podía seguir repitiendo un patrón de relación en la cual no me sentía amada realmente y, en retrospectiva, nunca me sentí amada, ni en esta vida, ni en las anteriores.

Por fin te cansaste de buscarme, como siempre, seguramente ya estabas con alguien más, alguien como tú no sabe estar solo. Pensar en ello ya no me rompe el corazón, pensar en ti tampoco lo hace.

Lejos de ti, la vida se siente mejor, por fin conocí la paz y tu ausencia es un regalo. Hoy entiendo que no todo fue tu culpa, pero definitivamente tu corazón no conoce el amor, jamás me amaste realmente y hoy vivo en armonía sabiéndolo.

Actúas que te va bien, según me han llegado rumores, pero sé que todo es corpóreo y momentáneo para ti, sigues atrapado en un círculo vicioso de autodestrucción interminable, y aunque por fuera finges estar de maravilla, no hay nadie en todas las vidas que te conozca mejor que yo y sé el vacío que siempre llevas.

Te amé más de lo que me amé nunca, bueno, hasta ahora, espero que el amor que te di en esta vida y en todas las anteriores, alguna vez te ayude para ser mejor, para superarte como alma y puedas trascender.

Gracias por ser mi alma kármica, a pesar de todo fue un gusto haber compartido cuatro vidas contigo, no las volvería a repetir, eso es obvio, pero a final de cuentas, por algo nos encontramos tantas veces, por algo pactamos tantos sucesos, por algo fue tan intenso, por algo fuiste mi gran maestro. Me alegra saber que por fin mi alma te dejó en paz, era necesario para yo volver a mi centro.

Ya sané todas las vidas y estoy lista para soltarte y ser libre, después de 500 años. Adiós, Santiago.

*Un amor kármico se terminó  
de editar en mayo de 2025.*

